

La sombra de Facundo

ÁLVARO URIBE



ESTUVE A SU LADO el día en que los Mayores se reunieron. Facundo y yo teníamos entonces 27 años. Estábamos juntos en los cafetales, supervisando la faena, cuando llamaron por él. Al atardecer los Mayores convocaron a una asamblea. Fue la última vez que don Inocencio, el más anciano de todos, tomó la palabra en público. Dijo que ya no era aconsejable que los viejos siguieran dirigiéndonos. Habían resuelto pasarle el mando a un hombre joven, entonces, capaz de proteger al pueblo con las armas si era preciso. Cuando ungió don Inocencio, la sonrisa se eclipsó detrás del bigote de Facundo y sus ojos se empozaron para siempre en una negrura indescifrable.

Estuve con él la noche en que conoció el dolor de la derrota y la vergüenza de la huida. Los soldados habían incendiado el pueblo y remataban a los heridos. Disparadas nuestras últimas balas, Facundo y yo nos resignamos a escapar. Ocultos entre unas reses que se habían dado a la estampida llegamos hasta el lago Bocamangaro. Alcanzamos la otra orilla en una lancha abandonada por los pescadores. Luego continuamos a pie en dirección de la costa. Cuando estaba amaneciendo avistamos el mar. Al final de esa jornada pudimos embarcarnos en un carguero que zarpaba hacia Colombia. Mientras nos alejábamos de San Jorge, la luna iluminó la tierra natal de la que salíamos por primera vez, y nuestras lágrimas se confundieron con las aguas turbulentas del Caribe. Estuve a su lado cuando la pesadumbre lo abatió en Cartagena de Indias. Habíamos cambiado nuestro antiguo oficio de cafetaleros por el de estibadores. El salario no era malo, y los días de quincena terminaban siempre en un prostíbulo. Facundo trasegaba las botellas con avidez espantable, pero nunca se emborrachaba. Cuando por fin se convencía de que el alcohol no podría anularlo, escogía una mujer, jamás la misma. Sólo que la carne tampoco le otorgaba el olvido, y al otro día estaba más taciturno que antes. Se apartaba de todo el mundo, hasta de mí. No volvíamos a vernos después del trabajo en los muelles sino hasta la próxima quincena. Una vez sentí curiosidad por saber qué hacía Facundo en esas largas noches solitarias. A escondidas lo seguí por las calles del puerto antiguo. Facundo desapareció en una grieta que se abría al pie de la muralla. Luego lo vi caminar en lo alto, entre los torreones. Mucho tiempo después, cuando me cansé de observarlo a hurtadillas, Facundo todavía estaba sentado con las piernas al aire, mirando al mar.

Estuve con él cuando lo deportaron de Colombia. Era el año de 1929, y los liberales en San Jorge se habían levantado

en armas contra los conservadores. La noticia arrancó a Facundo de su apatía. Ya no iba conmigo a los lupanares. Ya no pasaba las noches suspirando ante las olas del Caribe. Había empezado a juntarse con otros jorgianos expatriados en Cartagena, para comentar febrilmente las últimas nuevas del país. También yo acabé por asistir a esas reuniones desordenadas y ruidosas. Con una docena de asiduos se fundó la inocua Asociación para la Democracia en San Jorge. Facundo fue electo Presidente. A mí, quizá porque nadie más podía escribir sin muchos tropiezos el español, me nombraron Secretario. Con las pocas ideas de que todos éramos capaces redacté un manifiesto que fue copiado en un mimeógrafo y distribuido en la calle. Ese documento, cuya mayor osadía política era la ingenuidad, atrajo hacia nosotros la atención de la policía colombiana. Fuimos detenidos y acusados de conspirar contra el gobierno de un país amigo. Los interrogatorios se multiplicaron y se volvieron cada vez más cruentos, hasta que un miembro de la Asociación nos delató, como únicos responsables de todos nuestros crímenes, a Facundo y a mí. Los policías nos torturaron para escarmentar a nuestros compañeros. Después nos escoltaron hasta la frontera con Panamá.

Estuve a su lado en la temporada en que, incomprensiblemente, colaboró con los yanquis. Yo había pensado que sólo nos demoraríamos en Panamá el tiempo necesario para seguir adelante, pero Facundo consideró que era prematuro volver a San Jorge. No me dio más explicaciones. Se limitó a anunciar que él iba a quedarse, y yo lo imité. Así eran las órdenes de Facundo. No pedía, no mandaba. Hacía simplemente lo que le parecía mejor, sin consultar a nadie, y los demás lo seguíamos. Meses después me dijo que estibar en el Canal de los yanquis le había procurado información de primera mano sobre el futuro enemigo. Alguna razón debió de tener al principio para permanecer en Panamá, pero estoy seguro de que no fue esa. Facundo no aprendió más de diez palabras de inglés, y nunca lo vi platicar con los pocos yanquis que masculaban el español.

Estuve con él cuando por fin regresó a San Jorge. El año de 1930 estaba por terminar, y la insurrección de un puñado de liberales contra el gobierno conservador se había convertido en una guerra civil. Eso era, supongo, lo que esperaba Facundo para moverse. El hecho es que viajamos como polizontes en un barco que nos dejó en el otro extremo de la isla, en la República Fronteriza. Avanzamos por tierra y nos introdujimos clandestinamente en San Jorge, donde nos unimos a

la primera patrulla insurgente con que topamos en nuestro camino. En unos cuantos meses Facundo era el general más respetado de las fuerzas liberales. Yo, que había sido el capataz de su rancho y su compañero de exilio, fui el más cercano de sus lugartenientes. Muchas veces peleé a su lado, espalda contra espalda, y nunca me impresionaron sus dotes militares. Facundo era torpe en la lucha cuerpo a cuerpo. No manejaba el rifle con destreza especial. Tampoco era un gran estratega. Sus planes de batalla se reducían a impartir escuetas instrucciones sobre el terreno que debían ocupar las tropas al iniciarse las hostilidades. Después obraba de acuerdo con las exigencias del momento. Ignoro qué pensaba en las horas de insomnio que suelen preceder al combate. Sólo me consta que al entrar en acción Facundo sabía arreglar a sus soldados con palabras sencillas y que no vacilaba en arrojarse personalmente contra el enemigo. Estas virtudes, más propias de la simple hombría que de la disciplina bélica, bastaban a granjearle la victoria.

Estuve a su lado cuando sobrevino la intervención armada de los yanquis, segunda en este siglo y quinta en la historia independiente de San Jorge. Desbaratado el ejército conservador, las tropas liberales tenían sitiada a Georgina, la capital del país. Estábamos a punto de tomarla cuando desembarcaron los infantes de marina. El invasor fue creciendo en número y en poderío. Hasta que se volvió impensable contenerlo. Nos replegamos en orden al principio, pero pronto se disolvió el mando general de las operaciones. Las fuerzas liberales se fueron dispersando en una serie de bandas más o menos organizadas que maniobraban cada una por su cuenta. Algunos abandonaron la lucha y encontraron refugio en la vida civil. Otros se dieron al abigeato y al pillaje de las poblaciones más apartadas. Unos cuantos se pasaron al enemigo. Aun así, quedábamos suficientes alzados para impedir que los yanquis controlaran todo el territorio jorgiano. Facundo fue el primer comandante liberal que se internó con su gente en la Montaña, donde era difícil perder una batalla pero imposible ganar la guerra.

Estuve con él cuando se enteró de que se había pactado el cese del fuego. Empezaba 1932, y los yanquis ocupaban San Jorge desde hacía más de un año. Cansados de lidiar con gente cuyas costumbres ignoraban, habían creado unas milicias nativas para que los ayudaran a pacificar el país. Guardia civil se llamaba el nuevo ejército en el que abundaban los soldados que habían pertenecido a las fuerzas conservadoras. Nuevos, en todo caso, eran sus uniformes y las armas con que los habían dotado los yanquis. Nuevo era también el Comandante en jefe, un oscuro oficial educado en West Point. Nadie había oído hablar de Jacinto Gurdían hasta entonces. Apenas asumió su encargo, persuadió a los yanquis de que se acantonaran en las inmediaciones de la capital y sustituyó a las aborrecidas tropas extranjeras con guarniciones de sus propios hombres. En cada población importante de San Jorge la Guardia civil distribuyó alimentos y ayudó a la gente a reparar los estropicios de la guerra. Al mismo tiempo los jefes de cada zona militar amenazaron a quienes siguieran colaborando con los alzados e impusieron castigos ejemplares a los que desacataban esta advertencia. Afianzado su dominio en las ciudades, la Guardia civil pasó a acosar a los insurgentes en el campo. Su táctica era siempre la misma. Con grandes contingentes perseguían a los

destacamentos rebeldes hasta que lograban dispersarlos o, mejor todavía, acorralarlos. Cuando no quedaba más remedio que una batalla sangrienta, de la que casi nadie resultaría indemne, ofrecían el indulto y otras recompensas más sustanciosas a los que depusieran las armas. Muy pocos desperdiciaron la oportunidad de salir de ese trance con vida y con dinero, en vez de sacrificarse inútilmente por una causa que parecía perdida de antemano. Ocho meses, cuando más, le tomó al general Gurdían imponer su ley en San Jorge. No venció en un solo combate a los liberales, pero los fue convenciendo de que negociaran con él. La reconciliación quedó sellada en el Pacto Nacional, que firmaron todos los comandantes alzados de cierta importancia con excepción de Facundo.

Estuve a su lado en la época más heroica y desesperada de la guerra de guerrillas. Facundo confirió a los irreducibles que lo seguíamos el título colectivo de Brigada patriótica. No éramos más de un centenar de guerrilleros famélicos y mal armados, pero proclamamos que nos mantendríamos en la lucha hasta que el último soldado yanqui no se hubiera ido del país. Inesperadamente, la causa fue prosperando. Gente de todo San Jorge, atraída por la proclama altisonante que yo había redactado, se adentraba en la Montaña para incorporarse a nuestras filas. La cifra de los combatientes se triplicó en poco tiempo. Descontentos con la ineficacia de la Guardia civil, que no conseguía someternos, los yanquis volvieron a la carga. Mil infantes de marina bien pertrechados emprendieron la persecución. Los dejamos rastrearlos hasta la Montaña, que conocíamos mejor que nadie, y ahí empezamos a hostigarlos. Evitábamos el combate frontal, pero no pasaba una semana en que no le causáramos una baja al enemigo. Las escaramuzas se sucedieron con buena fortuna para la Brigada patriótica, hasta que ocurrió el incidente que torció el derrotero de Facundo. Los yanquis nos estaban atacando con un aeroplano que arrojaba sobre nosotros granadas con gases tóxicos, para obligarnos a salir al descampado. Cada vez que un guerrillero emergía de los árboles en busca de aire puro, lo acribillaban sin misericordia desde arriba. En menos de una hora habíamos perdido a cuatro compañeros y Facundo estaba furioso. De pronto nos ordenó que permaneciéramos emboscados y fue a pararse él solo en un claro. El piloto, que no tardó en avistarlos, se le echó encima. Las ametralladoras empotradas en las alas del aeroplano comenzaron a tartamudear. Dos cortinas de polvo corrían paralelas en dirección de Facundo. Cualquier otro hubiera intentado guarecerse, pero él se plantó en su lugar, levantó despacio el rifle, apuntó cuidadosamente y disparó. Hubo un momento de confusión en que Facundo fue devorado por la polvareda mientras el aeroplano seguía de largo. Luego se oyó una explosión. El aeroplano acababa de estrellarse, y ninguna de las balas que llovían del cielo había dado en el blanco. Cuando resurgió intacto de la nube de polvo que lo envolvía, Facundo era un hombre distinto. Había sido valiente, hasta impetuoso en el combate. De ahí en adelante su arrojo siempre razonado se convirtió en temeridad. Al cabo de varios lances desafiorados le hice notar que se estaba arriesgando innecesariamente. Esta fue la réplica de Facundo: "Todavía no llega la hora de mi muerte, y nada de lo que yo haga podrá adelantarla".

Estuve con él cuando los yanquis se fueron de San Jorge.



Hubo fiesta ese día en el cuartel general de la Brigada patriótica. Ya muy entrada la noche, mientras los soldados proseguían la juerga por su lado, los comandantes nos demoramos en la mesa principal. En un arrebato de entusiasmo propuse un brindis. "La victoria es nuestra", dije emotivamente. "Gracias a nosotros, no queda un solo infante de marina en todo el país". Los demás también se habían puesto de pie y alzaban sus vasos hacia el mío. Pero Facundo, sin moverse de su silla, declaró inapelablemente que la lucha verdadera apenas empezaba. Todos volvimos a sentarnos sin haber apurado nuestros vasos. En el silencio incómodo que duró hasta que nos separamos, pensé por primera vez que Facundo, el encargado de inocular a San Jorge con el mal necesario de la guerra, no era quien podría administrarle el remedio de la paz. Ignoro si mis compañeros pensaron cosas semejantes. Para entonces, ya nadie se atrevía a contradecir a Facundo.

Estuve a su lado en la etapa postrera de la insurrección. Con la aprobación del embajador de los Estados Unidos, Jacinto Gurdíán se había proclamado Presidente de la República. Antiguos conservadores y antiguos liberales se codeaban en su gabinete. Uno de sus primeros actos de gobierno consistió en decretar una tregua unilateral. Después mandó emisarios a la Montaña, a parlamentar con los alzados. Facundo no debió de comisionarme para que hablara con ellos en nombre de la Brigada patriótica. Yo sabía que la rebelión no podía continuar eternamente. Intuía también que la intransigencia de Facundo era el último obstáculo para alcanzar un entendimiento definitivo entre todos los jorgianos. Tratar con los mensajeros del general Gurdíán hizo que ese saber y esa intuición se juntaran en una sola verdad apremiante. Busqué razonar con Facundo, pero él no admitía más razón que la suya. Me rebajé a suplicarle, pero fue sordo

a mis ruegos. Agotados mis recursos para llevarlo a la sensatez, tomé la única decisión que me quedaba.

Estuve con él cuando las negociaciones se interrumpieron. Para que nadie pudiera acusarlo de violar la tregua que había aceptado implícitamente al entablar las pláticas, Facundo dejó en libertad a los enviados de Gurdíán. Había resuelto replegarse para reanudar la lucha. La víspera de la retirada, por la noche, se juntó al Estado mayor de la Brigada patriótica. En un mapa que extendió bajo la luz de una linterna, Facundo señaló el camino que tomaríamos para regresar a nuestro refugio en la Montaña. Mientras nos explicaba, su índice se detuvo sobre una línea que representaba un sendero muy angosto entre dos promontorios escarpados. Entonces dijo inesperadamente: "Este es el punto más vulnerable de nuestro recorrido. Tendremos que pasar de uno en uno por esa vereda, casi descubiertos, sin posibilidad de auxiliarnos en caso de que alguien nos ataque. Espero que entiendan lo que eso significa". Facundo parecía hablar para todos, pero sus ojos estaban fijos en mí. Los demás también me miraron. Un compañero quiso detenerme cuando traté de salir de la tienda de campaña. Facundo ordenó que me franquearan el paso y continuó impartiendo sus instrucciones. Esa imprevista connivencia me perturbaba, pero hice lo que tenía que hacer. Cuando volví al campamento aún no había amanecido, y la luz seguía encendida en la tienda de Facundo. Tuve que dar un rodeo para que no me oyera regresar.

Estuve a su lado la última vez que condujo a la Brigada patriótica. Mientras cabalgábamos en silencio, mi resolución iba flaqueando. El arrepentimiento se había apoderado de mí cuando llegamos al sendero por el que tendríamos que continuar en fila india. Sólo se me ocurrió una manera de reparar lo que yo había hecho. Fingiendo un aplomo que ciertamente no sentía, me ofrecí a encabezar la marcha. Facundo me cortó el paso. Una sonrisa franca, que yo no había visto en su cara desde la época en que trabajábamos juntos en los cafetales, asomó bajo el alero de su bigote. Temí un sarcasmo. Casi deseé que manifestara su rencor, su desprecio. Pero su voz estaba exenta de emociones cuando me dijo simplemente: "Esto es algo que nadie, ni siquiera tú, puede hacer en mi lugar". Después jaló la rienda lentamente y guió a su caballo hasta la vereda.

Estuve con él hasta el final. El sendero por el que nos habíamos internado era muy tortuoso. Adelante de mí, Facundo se balanceaba sobre su montura. En uno de tantos recodos lo perdí de vista. Apreté el paso y desembobqué en una terraza flanqueada por altos peñascos. Facundo se había detenido y miraba a su alrededor. Quise alertarlo, pero mi grito se confundió con una andanada de estallidos que atronaron casi al unísono. Facundo se quedó inmóvil sobre su caballo, con la espalda erguida y los pies sujetos a los estribos. Luego inclinó la cabeza, el sombrero rodó sobre su pecho, se le aflojaron los brazos y su cuerpo se fue deslizando hasta el suelo. Se dice que Facundo sobrevivió a la emboscada. Se asegura que durante muchos años estuvo escondido en la Montaña, aguardando el momento propicio para volver a pelear. Nadie mejor que yo para desmentir esa leyenda. Fui el primer facundista. Fui la sombra de Facundo Barrero. Fui el más fiel ejecutor de su voluntad. Yo mismo, aunque eso no formaba parte de mi trato con la gente de Gurdíán, le di el tiro de gracia. ❧